

## “VERGILIUS”, pero “VIRGILIO”

Se trata de razonar en estas páginas la legitimidad de la grafía latina «Vergilius» y a la vez, aunque parezca extraño, la persistencia en español —lo propio habría que afirmar de las demás lenguas románicas— de la forma con vocalismo *i*, «Virgilio».

Con respecto a la grafía latina «Vergilius», digamos ante todo que no es un cambio a capricho de los filólogos; no es cuestión de moda, sino solución de un problema planteado ya de antiguo.

En efecto, hace ya lo menos cuatro siglos que el interrogante de «Vergilius» o «Virgilius» se abrió a la curiosidad de los investigadores, para cerrarse, después de un período más o menos vacilante, en una afirmación rotunda a favor de la grafía en *e*, «Vergilius».

Un virgilianista notable comentando aquel pasaje <sup>1</sup> —«Illo Vergilium me tempore dulcis alebat»— proponía ya el problema, aunque con fría indiferencia: «Argumentum hujusmodi, *i* an *e* sit hujus nominis (Vergilii) vocalis prima, litteratissimis illis qui superiore aetate claruere viris, haud parum negotii facessit» <sup>2</sup>.

Por esta misma época el fogoso Policiano, en carta a uno de sus émulos, ponía todo el calor de su espíritu proselitista en defender su posición «*vergiliana*». Fracasó de momento su intento frente a la terquedad obstinada de su adversario; pero la tesis de Policiano fué ganando poco a poco terreno hasta llegar a imponerse definitivamente.

Celario y Manucio en sus respectivos tratados «*de orthographia latina*» nos ofrecen algunos testimonios de interés a este respecto <sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> VERG., *Georg.* 4, 563.

<sup>2</sup> PIERIUS, *Comm. in IV Georg. librum*, cfr. «Palaestra Latina» 1930, p. 5.

<sup>3</sup> Todos estos testimonios pueden verse reunidos en un ponderado artículo del P. MANUEL JOVÉ publicado en el número antes citado de la revista «Palaestra Latina», pág. 5-8.

El mismo Orelío, que en su edición de las obras completas de Cicerón adopta corrientemente la forma tradicional «Virgilius», más tarde en el Onomásticon subraya: «Vergilius» sive «Virgilius»; apud Ciceronem prior scriptio videtur praeferenda.

Cuando F. Schultz en 1.855 y en 1.878 L. Müller publicaban sus respectivos tratados ortográficos, generalizada ya la grafía «Vergilius», podían escribir decididamente en la lista de palabras dudosas: «Vergilius, non Virgilius»<sup>4</sup>.

¿Por qué camino se había llegado a semejante conclusión?—Por el de la verdad, que se abría paso a fuerza de razones, unas de tipo histórico, otras de carácter fonético.

### Datos históricos.

*Códices e inscripciones.*—Tal vez ningún otro autor de la antigüedad griega y latina haya sido tan afortunado en códices y manuscritos como Virgilio. Su suerte corre parejas con la del Nuevo Testamento<sup>5</sup>. Ello revela el aprecio en que fué siempre tenido.

Los críticos de texto se consideran afortunados por lo general si pueden contar con uno o dos códices buenos del siglo décimo, once o doce. Para Virgilio tenemos seis códices al menos del siglo sexto y aun anteriores. Tres de ellos el Mediceo, *M*, el Palatino, *P*, y el Romano, *R*, son de capital importancia por su antigüedad e integridad. En antigüedad sin embargo se lleva la palma el Augusteo, *A*, de principios del siglo cuarto; pero su conservación, excesivamente fragmentaria, lo hace poco útil para la fijación del texto.

Con todo, respecto a la cuestión que nos ocupa, consta positivamente que tanto el Mediceo, como el Romano y el Augusteo mantienen la grafía «Vergilius». El Mediceo, por ejemplo, cod. del s. v, procedente de Roma y conservado en la Laurentiana de Florencia (39,1), contiene al final de las Bucólicas una *suscriptio* que claramente dice:

---

<sup>4</sup> F. SCHULTZ, *Orthographicarum quaestionum decas*, Paderborn 1855; LUC. MÜLLER, *Orthographiae et prosodiae Latinae summarium*, Lipsiae (Teubner) 1878, pág. 65.

<sup>5</sup> KNIGHT, *Virgilio*, Longanesi, Milano 1949, p. 407.

P. VERGILI MARONIS  
 BUCOLICON LIBER EXPLICIT  
 INCIPIT GEORGICON LIB. I FELICITER

Del cod. Romano, reproducido con ocasión del bimilenario de Virgilio nos dice el director y fundador de Palaestra Latina, P. Manuel Jové, en un artículo que sobre este mismo tema publicó en el primer número de dicha revista:

«Hac nostra aetate, ut Vergilii bismillesimum annum historico quasi lapide singent Itali, codicem Romanum nomine, omnium pretiosissimum atque antiquissimum, iterum producere constituerunt in quo Vergilium passim per *e* scribitur» <sup>6</sup>.

Del Augusteo bastará registrar el título con que lo reprodujo en 1.927 D. Remigio Sabbadini: «Codicis Vergiliani qui Augusteus appellatur reliquae quam simillimae expressae... Augustae Taurinorum apud Rosenberg et Sellier bibliopolas, MDCCCXXVII» <sup>7</sup>.

En cuanto a las inscripciones, lo propio sería ir comprobando a base del CIL nuestra aserción; pero la autoridad de Ritschl, que así lo asegura <sup>8</sup> y el testimonio del historiador Teuffel, que aquí aducimos, nos ahorran semejante tarea. Dice así Teuffel en su obra magistral *Geschichte de Römischen Literatur*: «Die Inschriften aus der Republik und den ersten christl. Jahrhunderten haben ganz überwiegend Vergilius (nicht Virgilius)» <sup>9</sup>.

*Transcripciones griegas.*—También, en confirmación de las transcripciones griegas con vocalismo *e*, tenemos el testimonio fehaciente de Teuffel, Ritschl, Ribbeck, Goelzer <sup>10</sup>, entre otros que se podrían aducir. Según estos autores, en documentos y traducciones griegas, hallamos sistemáticamente las formas Βεργίλιος o bien Οὐεργίλιος, lo cual es demostración de que la forma originaria latina era Vergilius y no Virgilius. Es significativo a este respecto el testimo-

<sup>6</sup> JOVÉ, cfr. Pal. Lat. n.º 1, pág. 6-7; «Rev. des Etudes Lat.» 1929, p. 334-347.

<sup>7</sup> Esta edición la patrocinó como preparación al bimilenario de Virgilio la Bibl. Vaticana, depositaria de varios de los folios del A.

<sup>8</sup> RITSCHL, *Opusc. Philologica*, Lipsiae 1866, vol. II, 779 y sig.

<sup>9</sup> W. S. TEUFFEL, *Gesch. Röm. Lit.*, Leipzig Teubner 1920<sup>7</sup>, § 224, 2.

<sup>10</sup> RITSCHL y TEUFFEL, *l. c.*; RIBBECK, *P. Vergili Maronis opera*, Leipzig, Teubner, 1894-1895, p. VI, nota 2; GOELZER, *Virgile*, Paris, Garnier Frères, 1920, p. X, nota 1.

nio de Corrado en la vida de Virgilio que precede a la edición de Minnelli: «Ut igitur Οὐεργίλιος graece sic a multis Vergilius latine scribitur»<sup>11</sup>. Téngase en cuenta que Sebastián Corrado escribía en los momentos de vacilación, cuando aún no se había impuesto la reacción de Policiano, y que, a la vez que testifica un hecho, nos da la razón de las transcripciones griegas.

*Inestabilidad y retraso de la grafía «Virgilius»*.—Los autores, que a partir del renacimiento se aferraron a la forma Virgilius, como única legítima, frente a los defensores de la grafía con *e*, se apoyaban en la supuesta derivación *virga* —*virgo*— *Virgilius*. Esta que Teuffel llama fantástica etimología<sup>12</sup> y que, sin embargo, se había hecho general entre los biógrafos de Virgilio a partir del siglo v, pudo muy bien provenir de aquel testimonio de Donato: «Cetera sane vitae et ore et animo tam probum constat, ut Neapoli Pathenias [Virgo] vulgo appellatus sit». Lo cual nos ha dado un Virgilio tímido, excesivamente recatado y ruboroso; de suerte que si alguna vez iba a Roma, donde era muy conocido —continúa diciendo Donato— cuanto entendía que le miraban y le seguían por la gran fama y raro nombre que tenía, se entraba huyendo en la primera casa que hallaba<sup>13</sup>.

¿Pero hay base firme para semejante etimología?— Prescindamos del aroma legendario del relato y demos una ojeada a la onomástica latina, con sus normas bien precisas. Ella nos facilitará una respuesta adecuada.

Sabido es que los romanos, a imitación de los etruscos, daban tres nombres a todo varón libre: Marco Tulio Cicerón, Quinto Horacio Flacco, Publio Virgilio Marón<sup>14</sup>. El primer nombre —*praenomen*— era uno de los 17 ó 18 usuales y se escribía en abreviatura. El segundo —*nomen*— era el gentilicio, común a todos los varones de la misma progenie (gens, gentis). Así: Tullius, Ovidius, Horatius,

<sup>11</sup> Cfr. JOVÉ, *Vergilius, non Virgilius*, «Pal. Latina», 1930, p. 7.

<sup>12</sup> TEUFFEL, *op. c.* 224, 2.

<sup>13</sup> Donato, 7; cfr. BRUMMER, *Vitae Vergilianae*, Leipzig, Teubner 1933; COLOMBO, *Vergilii Maronis opera*, Torino, p. 8.

<sup>14</sup> Parece ser que en los orígenes de Roma llevaban un solo nombre (*Romulus*), dos en tiempo de la monarquía (*Numa Pompilius*, *Servius Tullius*), tres a lo largo de la república. A las mujeres se las designaba con el de su padre, marido o dueño (*Caecilia Metelli*, *Terentia Tullii*).

Julius. El tercero —*cognomen*— venía a ser como un sobrenombre o apodo, con que se distinguían dentro de la *gens* cada una de las familias.

Por eso correspondía generalmente dicho nombre a alguna circunstancia personal o cualidad, ya física, ya moral, de alguno de los antepasados. Recuérdese, por ej., *Naso, Flaccus, Cicero, Brutus, Catilina* <sup>15</sup>.

Maro, sobrenombre de Virgilio, nada tiene que ver con el nombre de un sacerdote de Apolo que aparece en la Odisea. Su tronque más probable lo tiene con una raíz etrusca o umbra, cuyo significado originario era «magistrado o encargado público» correspondiente al *aedilis* de los latinos. Es posible que alguno de los *proavi* de Virgilio ejerciera dicho cargo <sup>16</sup>.

Cuando se trataba de un personaje distinguido, se le añadía un cuarto nombre —*agnomen*— designación honorífica en memoria de alguna hazaña o de alguna cualidad personal extraordinaria: *P. Cornelius Scipio Africanus*.

Ahora bien, de ser cierta la etimología de «*Virgilius a virgo*», como parecen argüir los biógrafos antiguos, fundados en el recato y virginal modestia de Virgilio, entonces este nombre debería haber figurado, no en segundo, sino en cuarto lugar. ¿Y dónde consta que así fuese?

Además ¿qué necesidad había de recurrir a semejante explicación etimológica, si sabemos que entre los gentilicios latinos existían ya de antiguo los nombres *Verginii* y *Vergilii*?

Pero supongamos que efectivamente, si no en Virgilio poeta, al menos en el primero de sus antepasados, que llevó este nombre, derivó del sustantivo *virgo, virga*. Aun en este supuesto, no se sigue que necesariamente debiera escribirse a lo largo de la época clásica *Virgilius* y no *Vergilius*. No me detengo ahora a probar este punto, que entra de lleno en el razonamiento fonético, que reservamos para después.

Partidarios más modernos de la grafía *Virgilius*, como Gossrau

---

<sup>15</sup> «Catilina», nombre formado a base de *catulus*, cachorro, significaría originariamente «carne de perro», lo mismo que *porcina* «carne de cerdo»; cfr. nombres de familias alemanas como *Kalbfleisch* (carne de ternera), *Rindfleisch* (carne de vaca).

<sup>16</sup> Cfr. KNIGHT, *Virgilio*, p. 65.

en su 2.<sup>a</sup> edición de la Eneida (1.876) y Sakellaropoulos en su interesante estudio Σύμμικτα φιλολογικά (Atenas, 1.912, p. 115-122) basan su argumentación principalmente en la inscripción de Nápoles, dedicada al poeta Claudio Claudiano y descubierta en 1.493. En dicha inscripción se lee la transcripción griega con *i*:

Εἰν ἐνὶ Βιργίλιοι νόον καὶ Μοῦσαν Ὀμήρου Κλαυδιανόν Ῥώμη καὶ Βασιλῆς ἔθεσαν <sup>17</sup>.

Aducen también el hecho de que el gramático Prisciano reproduce sistemáticamente *Virgilius* y no *Vergilius*.

Pero digamos en primer lugar que la práctica de Prisciano se funda en la supuesta falsa etimología de que antes hemos hablado; pues dice con todo aplomo: «a nominibus derivata, servant ante jus primitivorum suorum consonantes.... ut servus servi, servius —servilis servilius— agellus agelli, Agelius —silva, Silvius— virgula, Virgilius» <sup>18</sup>.

Con respecto a la transcripción griega de la estatua de Claudiano Βιργίλιοι, cabe decir que frente a ella son docenas las transcripciones Βερίλιος ο Οὐεργίλιος. Puede tratarse de un lapsus, tal vez de una falsa interpretación, una épsilon ε, que debido a sus rasgos un tanto borrosos después de diez siglos, se ha tomado como una *iota*. No sería el primer caso ocurrido entre paleógrafos. Orelío, por ejemplo, aduce una inscripción del tiempo de Octavio con una supuesta *i*, que más tarde hubo de corregir Muratori por *e* <sup>19</sup>.

Además tengamos en cuenta que Prisciano, como la inscripción de la estatua de Claudiano, corresponden al siglo v p. Chr.; precisamente cuando, en sentir de todos, comenzó a degenerar la forma clásica *Vergilius* en la vulgar *Virgilius*. Es interesante a este respecto el testimonio autorizado de Teuffel: Das früheste datierbase Beispiel für Virg.— ist aus saec. V n. Chr. (y alude a la inscripción de Nápoles). Im Mittelalter, ungefähr seit saec. IX fängt die Schreibung

<sup>17</sup> CIL. 6, 1710, Dessau 2949; cfr. TEUFFEL, *op. c.* 439, 1: «[Cla]udio Claudiano v. c. tri[bu]no et notario inter ceteros [de]centes artes praegloriosissimo [po]etarum, licet ad memoriam sempiternam carmina ab eodem scripta sufficient, at tamen testimonii gratia ob iudicii sui fidem dd. nn. Arcadius et Honorius [fe]licissimi ac doctissimi imperatores, senatu petente, statuum in foro Traiani erigi collocarique iusserunt. Εἰν ἐνὶ Βιργίλιοι...».

<sup>18</sup> KEIL, *Gramm. Latini* IV, 31.

<sup>19</sup> RITSCHL, l. supra c.

*Virgilius* an begünstigt zu werden, besonders durch phantastische Ableitungen des Namens (von *virgo* oder *virga*, die aber wohl selbst früher *vergo* und *verga* lauteten) und in 14 und 15 Jahrh. erscheint diese als die siegreiche» <sup>20</sup>.

Efectivamente en el siglo XIV y XV había triunfado ya la grafía *Virgilius*. Pero en realidad, ¿no fué esto más bien una desviación?

Cuando más tarde Angel Policiano propalaba abiertamente su tesis, frente a la práctica corriente de su época, su posición ¿no era más de restaurador inteligente que de anárquico innovador? Al escribir él a Bartolomé Escala «diu vero ista, qualiacumque sint, non juvenus modo nostra sed et doctores plerique pronis auribus acceperunt, ut nec Landinus ipse, praeceptor olim meus, nunc autem utriusque nostrum collega, magnae vir in litteris et auctoritatis et celebritatis, aliter jam pronuntiet quam *Vergilium*» <sup>21</sup>, aunque nada dice de códices e inscripciones antiguas, es fácil que su conato de restauración ortográfica obedeciera a la convicción que en él habían afianzado este género de pruebas. En realidad, no hacía más que adaptarse a una ley ortográfica formulada más tarde por Luciano Müller <sup>22</sup> y que dice textualmente: «Igitur in Latina lingua sequendus est mos scribendi, qui obtinuit apud cultissimum quemque Romanorum saeculo eo, quod fuit inter Augusti mortem et Trajani (ab a. p. Chr. n. 14 ad 117), proximum illud aureae litterarum Latinarum aetati, cujus quidem auctores, exceptis Varrone et Lucretio ac Sallustio, qui etiam in orthographia amant archaismos, prope accedunt ad usum scribendi saec. p. Chr. primi».

Con esta base de Müller y los datos anteriormente alegados —códices, inscripciones, manuscritos, transcripciones griegas— no cabe la menor duda de que la única forma usada en todo el siglo primero de nuestra era fué la de *Vergilius* y de consiguiente, que hoy día en latín es ésta la única admisible.

Pero veamos ahora qué nos dice la fonética. Se trata de un problema que entra de lleno en sus dominios.

<sup>20</sup> TEUFFEL, *Gesch. der Röm. Lit.* 224, 2.

<sup>21</sup> POLITIANUS, *Epist.* liber V; cfr. JOVÉ, *l. c.* p. 6.

<sup>22</sup> MÜLLER, *Orth. et pros. Latinae summ.* p. 5.

### Razonamiento fonético.

Partamos del hecho de que en latín la *i*, como sonido el más definido y de más fácil articulación, es también el más fijo. Por eso la vemos persistir en compuestos y derivados tanto en sílaba tónica como en las átonas.

*Video*: *praevideo*, *evidens*, *providus*.

*Cito*: *excito*, *suscito*, *concito*.

*Mico*: *dimico*, *emico*.

En cambio, las demás vocales, por la ley del menor esfuerzo, tienden a modificarse en *i*, ya que dicha vocal representa el grado mínimo de abertura bucal. Veamos algunos ejemplos:

1.º *a que pasa a i*:

*cado*: *decido*, *incido*, *cecid*, *succiduus*.

*facio*: *conficio*, *officio*, *aedificium*.

*fateor*: *confiteor*, *profiteor*.

*datus*: *editus*, *proditus*.

2.º *e que pasa a i*:

*dedi*: *reddidi*, *tradidi*, *condidi*.

*lego*: *colligo*, *seligo*, *religo*.

*rego*: *erigo*, *porrigo*.

*steti*: *constiti*, *destiti*, *restiti*.

3.º *o que pasa a i*:

*locus*: *ilico*.

*novos*: (*escrito novus desde el s. 1.º*) *novitas por \*novotas*.

4.º *u que pasa a i*:

*caput*: *capitis*, *capita*.

*cornu*: *corniger*.

*lubet*: *quodlibet*.

Según esto, parece como si la fonética latina sancionara la forma en *i*, *Virgilius*, presentándonosla como más conforme al sistema vocálico de la lengua latina.

Pero hay que tener en cuenta:

1.º) Que esta ley fonética afecta sólo a vocales breves y en sílaba interior. No es pues el caso de «*Vergilius*».

2.º) Que precisamente para las vocales seguidas de *r* existen en latín leyes especiales que favorecen la grafía con *e*.



A. Graur en una monografía sobre las vocales *i*, *u* en latín <sup>23</sup> estudia ampliamente los cambios vocálicos delante de *r* y establece las siguientes normas:

1.<sup>a</sup>) *a* seguida de *r* se conserva en sílaba inicial y pasa a *e* en sílaba interior:

*pario* — *peperi*; *spargo* — *aspergo*.

*Numasios* (*inscr. de Preneste* CIL 12.3) — *Numerius*.

2.<sup>a</sup>) *e* y *o* se conservan en todos los casos:

*fero* — *confero*; *mergo* — *inmergo*.

*voro* — *devoro*; *torqueo* — *detorqueo*.

3.<sup>a</sup>) *i* seguida de *r* se modifica en *e*:

*cinis*, *cineris* (de *\*cinisis*, con *s* intervocálica rotatizada, pasa a *cinis*).

*Falisci* — *Felerii*.

*legifer*, *legerupa* (que viola la ley) Pl. *Persa* 68 <sup>24</sup>.

Pero es el caso que hallamos en latín bastantes palabras que llevan el grupo *-ir-* en sílaba inicial o medial: *hircus*, *firmus*, *hirundo*, *triremis*, *semirutus*.

Habremos de arrumbar como inservible la doctrina de Graur y de los demás fonetistas de la lengua latina?. De ninguna manera. Repasemos el diccionario y sin gran esfuerzo se nos puede ocurrir clasificar las diferentes palabras en que aparece el grupo *-ir-* en estas dos series o secciones principales:

a) palabras compuestas, como *multiramis*, *multiradix*, *biremis*, *birotus*, *triremis*, *quadriremis*, *semirutus*:

b) palabras de origen exótico, voces prelatinas, que por lo general corresponden a nombres de fauna y flora mediterránea o de utensilios domésticos. Así por ej.:

*hircus*, chivo, macho cabrío. Etimol. desconocida; palabra prelatina.

*hirpus*, lobo. Nombre de origen samnita, al parecer.

*hirudo*, sanguijuela. Sin clara etimología.

<sup>23</sup> GRAUR, *I et V en latin*, Paris, Champion 1929.

<sup>24</sup> Entre la variante «*legerupa*» y «*legirupa*», que aparece en Plauto y en inscripciones (cfr. GRAUR, *l. c.* p. 25) la forma que se impone como auténtica es la *lectio difficilior*, *legerupa*. Lo propio cabría decir al tratar de fijar la legitimidad entre «*Vergilius*» y «*Virgilius*».

*hirundo*, golondrina. También de origen desconocido. El elemento *hir-* parece ser el mismo del verbo *hir-rio*.

*hirnea* — *hirniola*, «vasis genus in sacris» (Paul. Fest. 105).

*scirpus* o *sirpus*, planta de tallos solitarios de uno o dos metros, cubiertos en la base de dos o tres vainas rojizas, conocida generalmente con el nombre de junco.

*pirus* (peral) y *pirum* (pera), vocablos de origen egeo.

Ninguna de estas dos series de palabras debilita la ley antes apuntada del paso a *e* de la vocal seguida de *r*. En el primer caso no se trata sino de una *i* perteneciente al primer elemento del compuesto y de una *r* inicial del segundo elemento: *multi-ramis*, lo mismo que ocurre por ej. en *plani-pes*, *cuasi-dicus*. La *i* no tiene con la *r* más que un contacto puramente casual, una pura yuxtaposición. Las otras palabras, no es extraño que difieran de la evolución fonética normal en latín, pues no son propiamente latinas; y es sabido que las tendencias de cada lengua, en punto a tratamiento fonético de vocales y consonantes, no siempre concuerdan. En griego la *s* intervocálica se elide; en latín, se rotatiza.

Mayor dificultad ofrece para legitimar fonéticamente la grafía *Vergilius* otro grupo de palabras, al parecer, de cuño auténticamente latino: *vir*, *stirps*, *virgo*, *virga*. Pero si observamos por una parte que algunas de ellas como *virga*, *virgo* presentaron primitivamente la forma *verga*, *vergo*<sup>25</sup>; y por otra, que en Preneste, a pocos kilómetros de Roma, se han descubierto grafías como *Mircurius*, *com-mircium*; es muy lógica la suposición de Graur<sup>26</sup>, basada en los estudios de Ernout<sup>27</sup>, de que se trata de un vocalismo de origen dialectal, influencia tal vez de formas prelatinas, como las del grupo «b» anteriormente aducido.

Además conviene tener en cuenta que resulta difícil explicar como originario el grupo *-ir-* dentro del tronco de palabras auténticamente latinas, ya que el indoeuropeo rehuye en el núcleo de la raíz el contacto de dos sonantes<sup>28</sup>. Cuando en palabras latinas lo

<sup>25</sup> TEUFFEL, *l. c.* 224, 2.

<sup>26</sup> GRAUR, *l. c.* p. 27.

<sup>27</sup> ERNOUT, *Le parler de Preneste*, Paris 1905, p. 29; cfr. SOMMER, *Hdb. der latein. Lautlehre* § 53.

<sup>28</sup> GRAUR, *l. c.* p. 25, trae como testimonio la doctrina de F. Saussure.

encontramos, debe interpretarse la vocal como desarrollo vocálico de la sonante. Por eso la teoría de algunos lingüistas, como Juret<sup>29</sup> para explicar la formación latina de *cerno*, *certus* (en gr. κρίνω, κριτός) partiendo de una forma *crino*, con metátesis *cirno* y luego cambio vocálico de *i* en *e* por la acción de la *r* que sigue, llegando así a la forma corriente *cerno*, ha sido más tarde desautorizada por Graur<sup>30</sup>, fundado en Sommer y Meillet-Vendryes. Hay que partir de una forma originaria \**crno* con *r* vocálica, que, según la tendencia genuinamente latina, desarrolla una *e*, dándonos como consecuencia la forma clásica corriente *cerno*.

Como se ve por este ejemplo es fácil llegar a la convicción de que en latín, entre dos formas, una en *-er* y otra en *-ir*, la primacía y legitimidad corresponde a la forma en *-er*<sup>31</sup>.

Aplicando, pues, esta doctrina a la cuestión que nos ocupa, habremos de afirmar que entre *Vergilius* o *Virgilius*, «*Vergilius*» es la grafía originaria y, por tanto, la auténtica. En cambio, la forma «*Virgilius*», que a partir del siglo quinto después de J. C. comienza poco a poco a introducirse, es de origen secundario y surgida por influencia dialectal. Recuérdese el caso de *Mircurius*.

Ni cabe recurrir a la posible derivación de *virga*. En este caso nos encontraríamos con una *r* de formación secundaria; pues su forma originaria debió ser \**vizga*, con *s* sonora, que pasa luego a *r*. Ahora bien, aun cuando los documentos nada nos dijeran, bien podríamos argüir, partiendo de otros casos análogos, la preexistencia

<sup>29</sup> JURET, *Manuel de phonétique latine*, Paris 1921, p. 338 y M. S. L. XXI, p. 101.

<sup>30</sup> GRAUR. *op. c.* p. 26.

<sup>31</sup> El fallo o modificación de la ley fonética anteriormente expuesta sobre el cierre de vocales en *i* (*cado: decido*), que ocurre precisamente con vocales seguidas de *r*, hace pensar que la *r* latina no era alveolar, como la nuestra, sino uvular, como la de los alemanes y franceses del norte. La abertura de la vocal hacia *e*, *o*, *a* viene exigida fonéticamente por la acción vibratoria de la úvula, que difícilmente se compagina con el cierre de la *i*. Por eso en latín *cinis* da *cineris* y en alemán de Franconia y del Palatinado *Bursch* suena *Borsch*. (Recuérdese por ejemplo *forem, fore* frente a *fui, fuisse*). Cuando la vocal que precede a la *r* no se modifica, entonces se vocaliza la *r*. Así en Baviera dicen *Hiasch, mia* por *Hirsch, mir*. A veces se da vocalización de la *r* que se funde con la vocal anterior. Así por ejemplo en esa misma región alemana la frase «*Mutter des Erlösers*» suena aproximadamente «*Muttar des Alösas*» con percepción casi nula de la vibración uvular y abertura de la *e* anterior en *a*.

de un primitivo *verga*<sup>32</sup> (cosa parecida cabe decir de *virgo*), que muy pronto, ya en época arcaica fué suplantado por la forma dialectal *virga*.

En efecto no faltan en latín otros casos similares:

*dix-er-unt, dix-er-am* etc. con el elemento *-is-* de aoristo, rotatizado y vocalizado en *e* (cfr. sánscr. *ábhār-is-am* «yo llevé»); mientras que se conserva el vocalismo *i* cuando no se produce el cambio de la *s*. Por ej.: *dix-is-tis, dix-is-sem* etc.

*di-ce-re* = infinitivo, 2.<sup>a</sup> persona pasiva de imperativo y presente de indicativo, con vocalismo *e* en los tres casos por influencia de la *s* rotatizada (cfr. *es-se* gr. *ἐτίθεσο*), cuando su vocalismo ordinario es *i* (*dicis, dicit, dicimus, dicitis*).

*sero* de *\*sí-so*.

*merula* de *\*misola*.

Todos, como se ve, con vocalismo *e*<sup>33</sup>.

Entonces ¿cómo fué —se preguntará— que mientras *virga, virgo, vir* aparecen con la forma dialectal *i* desde época tan remota, *Vergilius* conservó su vocalismo primitivo a través de toda la literatura latina? Esta aparente anomalía puede explicarse muy bien por la mayor resistencia que ofrecen los nombres propios a su transformación o, digamos mejor, alteración. Y esta mayor resistencia se funda, por una parte en el empeño que ponen las familias en conservar intacto, como patrimonio hereditario el nombre recibido y por otra en la naturaleza misma de los nombres propios, no tan en uso y, por tanto, no tan expuestos a deformaciones, como los nombres comunes.

Tenemos un ejemplo típico en el caso de *Firmus* (nombre propio y *firmus* (nombre común). Su contextura tiene algún punto de analogía con *Vergilius*. En ambos encontramos una primera sílaba cerrada por *r* precedida de vocal. Lo mismo que *Vergilius*, que sobrevive con vocalismo *e*, mientras *virgo, virga* aparecen ya de antiguo con la grafía *i*, también *firmus* lleva paralelamente a sí las formas *fere, ferme* y hasta las lenguas románicas (it. *fermo*, fr. *ferme, fermer*) vienen a demostrarnos que no se trata de una *i* larga como

<sup>32</sup> Cfr. TEUFFEL, 224, 2.

<sup>33</sup> F. SOMMER, *Handbuch*, Heidelberg 1948, 55, 2, nota 3 (pág. 63); MEILLET-VENDRYES, *Gram. comparée des Langues Classiques*, Paris, Champion 1948, 106 (pág. 111).

aparece en algunas inscripciones (CIL IV, 175; VI, 1248 y 5230), sino de una *ī* salida de *ē* <sup>34</sup>. Efectivamente de la raíz *dher-*, en scr. *dharáyati* (él tiene, mantiene, protege) sale *dhermah*, estatuto, ley. En lat. era de esperar la forma *fermus*, cuando en realidad encontramos ya de antiguo *firmus*, con cambio de la *e* en *i* por influencia dialectal.

Con todo Zimmermam hace notar la persistencia de la grafía *Fermus* <sup>35</sup> con valor de nombre propio. Este hecho confirma la explicación que hemos dado a la supervivencia de *Vergilius* frente al *virgo*, *virga*. Y si *Fermus*, con valor onomástico, perdió antes su vocalismo *e*, que no *Vergilius*, fué probablemente por tratarse de una sustantivación del propio adjetivo *firmus*, cuya influencia se dejó sentir pronto sobre *Fermus* (nombre propio).

De todo lo dicho se desprende que la tendencia del latín es mantener el vocalismo *e* delante de *r* tanto de origen primario como secundario, ya en sílaba tónica como en sílaba átona.

En conclusión. Este razonamiento fonético, reforzado por la serie abundante y calificada de testimonios históricos, nos autoriza sobradamente para sostener que en toda la época clásica y postclásica sólo se conoció la grafía *Vergilius*. La forma dialectal *Virgilius* no comienza a propagarse hasta el siglo quinto de nuestra era. Y aunque efectivamente llegó a generalizarse, sin embargo, ha sido definitivamente reemplazada por la primitiva y clásica forma «*Vergilius*».

Ribbech, en su edición Teubneriada <sup>36</sup>, parece atribuir a Policiano la gloria de haber sido el restaurador de la ortografía antigua. Tal vez sea inexacta esa apreciación, ya que, a decir verdad, el mis-

---

<sup>34</sup> Es un error considerar que las vocales cambian su naturaleza cuantitativa por hallarse en posición fuerte o cerrada. La posición afecta a la sílaba; la vocal conserva su naturaleza breve o larga, como lo demuestran los cambios sufridos más tarde en las lenguas románicas: *tērra* da *tierra* lo mismo que *pētra* da *pie-dra*, etc. Recuérdese aquel texto de Cic. Orator, 48, 159: «Quid vero hoc elegantius, quod non fit natura, sed quodam instituto, indoctus dicimus brevi prima littera, insanus producta?».

<sup>35</sup> ZIMMERMANN, *Zeitschrift für roman. Philologie*, Halles 31, 495; cfr. WALDE-HOFMANN, *Latein. etymol. Wört.*, Heidelberg 1938; ERNOUT-MEILLET, *Dict. étym. de la Langue Latine*, Paris 1951, p. 422.

<sup>36</sup> RIBBECK, *Vergili opera*, Lipsiae 1894-1895 p. VI, nota 2. La opinión de Policiano es aducida y aprobada por GRUTERO, *Lampas sive Fax Artium Liberalium*, Francf. 1602, vol. I, p. 89.

mo Policiano confiesa que no hace en ello más que seguir la doctrina y la práctica de sus maestros.

Es interesante el testimonio de Ribbeck, como síntesis de la doctrina expuesta: «Ante hos quadringentos prope annos — dice — Angelus Politianus in Miscelaneis verum docuit. Quod et titulis tam liberae reipublicae quam priorum post Christum saeculorum omnibus fere codicum antiquissimorum fide et Graecorum scriptorum, qui Οὔεργίλιος et Βεργίλιος scribere solent, consuetudine satis superque confirmatur»<sup>37</sup>.

De hecho en nuestros días, todas las mejores ediciones (Teubner, Vindibonense, Oxford, Chiantore, Belles Lettres, Emérita), todos los modernos tratadistas (Müller, Sommer, Ritschl, Meillet-Vendryes, Ernout, Marouzeau, Llobera), diccionarios tan importantes como el de Freund, no admiten ya otra grafía legítima sino la de «*Vergilius*».

### Y sin embargo... «Virgilio».

Aunque parezca una contradicción, mientras para el latín la única forma auténtica es la de vocalismo *e*, en español y demás lenguas romances es sólo genuina la de vocalismo *i*. Por tanto, es la grafía «Virgilio» la que debe persistir. Y esto no sólo para evitar la nota de pedante, en que incurriría, según Mackail<sup>38</sup>, quien intentara alterar la práctica multisenteneria de nuestra lengua, sino principalmente por el hecho de entroncar la grafía *i* con la forma vulgar *Virgilius*, generalizada ya en el momento de formarse las lenguas románicas. Y claro está que ni en esta ni en otras palabras es lógico adaptar el castellano a las formas clásicas, sino a las del latín vulgar, por más que se trate en muchos casos de formas degeneradas.

Cierto que en español ha habido también algún conato de volver a la forma en *e*, Así, por ej. en un libro de Agricultura de Fr. Juan de Pineda hallamos la grafía *Vergilio*. El libro está escrito en pleno siglo de oro, en 1589<sup>39</sup>.

<sup>37</sup> RIBBECK, *l. c.*

<sup>38</sup> MACKAIL, *Virgilio y su influencia*, Buenos Aires 1946, p. 179.

<sup>39</sup> FR. JUAN DE PINEDA, *Primera parte de los treinta y cinco diálogos familiares de agricultura cristiana*. Salamanca 1589, fol. 21; cfr. LLOBERA, *Gramm. Class. Latin*. Barcinone, 1919-1920, p. 197.

Lo propio se observa en el romance de *Vergilios* recogido ya en la colección más antigua, la conocida con el título de *Cancionero de Romances*, dada a luz por primera vez en Amberes en casa de Martín Nucio, sin fecha; pero que según pacientes investigaciones de Wolf y Hofmann, es anterior a la *Silva* y al *Cancionero General* fechados en 1550. Comienza así el mencionado romance:

«Mandó el Rey prender *Vergilios*  
y a buen recaudo poner,  
por una traición que hizo  
en los palacios del Rey».

Ocho veces sale la palabra *Vergilios* y siempre con vocalismo *e*. Y hay que hacer constar que Wolf y Hofmann, autores de *Primavera y Flor*, edición reproducida, anotada y completada más tarde por Menéndez Pelayo<sup>40</sup>, dan fe de su escrupulosidad en confrontar letra por letra las ediciones primitivas. Por eso encontramos extraño que en el *Romancero*, teorías e investigaciones, publicado en 1923 por D. Ramón Menéndez Pidal, en Editorial Paez de Madrid, página 144, aparezca titulado *Virgilios* y con notables variantes en el texto que dice:

«Preso llevan al *Vergico*  
el Rey lo mandó prender,  
por una traición que ha hecho  
en los palacios del Rey».

Tal vez el ilustre filólogo D. Ramón ha seguido una tradición oral, mientras que Wolf-Hofmann, y con ellos Menéndez Pelayo, siguen una tradición escrita que se remonta al siglo xvi por lo menos.

Idéntica tendencia ha hecho notar Sabbadini con respecto al italiano. En unas sugerencias publicadas en 1.899 en la *Revista di Filologia* de Turín<sup>41</sup> recoge los siguientes datos:

---

<sup>40</sup> MENENDEZ PELAYO, *Obras completas: Antología de Poetas Liricos Castellanos. Tratado de los Romances Viejos*, vol. 6-9. Madrid, CSIC. 1944-45. En el vol. 8.º pág. 271, n.º 111, después de transcribir el romance de *Vergilios*, anota: Canc. de Romance s. a. fol. 189; Canc. de Rom. 1550, folio 200.

<sup>41</sup> SABBADINI, *Vergilio e Virgilio*, «Riv. di Filol», 27, p. 93.

1) A mitad del 14<sup>o</sup>, ciertamente antes de 1360, un escritor de Pistoia escribía *Vergilio*; lo mismo se observa en la región de Siena, donde por este tiempo *virtutem* sonaba *vertú*.

2) En 1436 un Ferrarese, en el inventario que hace de unos códices, escribe tres veces *Vergilio*.

3) Una carta del 1355 escrita en Lucania lleva también el nombre de *Vergilio*; y en este condado la topografía nos ofrece el nombre de *Bargeglio*, con el desarrollo fonético de máxima abertura <sup>42</sup>.

Claro está que estos hechos no pueden en manera alguna interpretarse como producto de la reacción filológica del renacimiento. Policiano no publicó su *Miscelánea* hasta 1489.

Sabbadini opina que estas manifestaciones esporádicas de vocalismo en *e* obedecen a una desfiguración puramente popular. Y en confirmación de su opinión aduce unas palabras del gramático José Castalio, según el cual «Angelus... Politianus... Vergilium per secundam vocalem, non autem per tertiam, efferendum ac scribendum esse Latine, perinde ac vulgari in Italia sermone proferimus... censuit» <sup>43</sup>.

El propio Sabbadini, fundado también en otro testimonio de Gaspar Barzizza <sup>44</sup>, supone otra manifestación gráfica de *Vergilio* con el cambio de *g* en *c*, como ocurre entre *quincenti* y *quingenti*.

El gran virgilianista italiano concluye su exposición suponiendo:

- 1.<sup>a</sup> La forma clásica latina, «Vergilius».
- 2.<sup>a</sup> La forma del latín vulgar, «Virgilius».
- 3.<sup>a</sup> La literaria italiana, «Virgilio».
- 4.<sup>a</sup> La vulgar dialectal, «Vergilio» y «Vercilio».

Ignoro si Sabbadini ha cambiado posteriormente de parecer. Pero si no, me atrevo a disentir del gran maestro en la interpretación de lo que él llama 4.<sup>a</sup> fase o forma dialectal del italiano vulgar.

A mi modo de ver la forma toponímica «*Bargeglio*» y las antes apuntadas «*Vergilio*» en época cuatrocentista, no son desviaciones dialectales de la forma literaria «*Virgilio*», sino supervivencias aisladas de la primitiva forma clásica «*Vergilius*». Y así, a mi entender,

<sup>42</sup> PIERI, *Toponomástica*, in Arch Glost it. 1898, p. 196.

<sup>43</sup> J. CASTALIO, *de Vergilii nominis scribendi recta ratione*, Romae, 1597, p. 1-2.

<sup>44</sup> Cfr. SABBADINI, *Virgilio e Vergilio l. c.*; A. BORCELLI, *Il cav.*, G. B. Marino, Napoli 1868, 22, 127.



estas manifestaciones tan antiguas en nuestras lenguas romances con vocalismo *e*, son otra prueba más, a favor de la primitiva y clásica grafía «*Vergilius*».

Creo que basta lo expuesto para convencernos de los dos extremos que tratábamos de probar: la legitimidad de la forma «*Vergilius*» dentro de la lengua latina y de la palabra «*Virgilio*» (fr. *Virgile*, it. *Virgilio*) en las lenguas románicas.

JOSÉ JIMENEZ DELGADO, C. M. F.